



ELADIO CABAÑERO: RECORDATORIO

El trabajo en la poesía de Eladio Cabañero

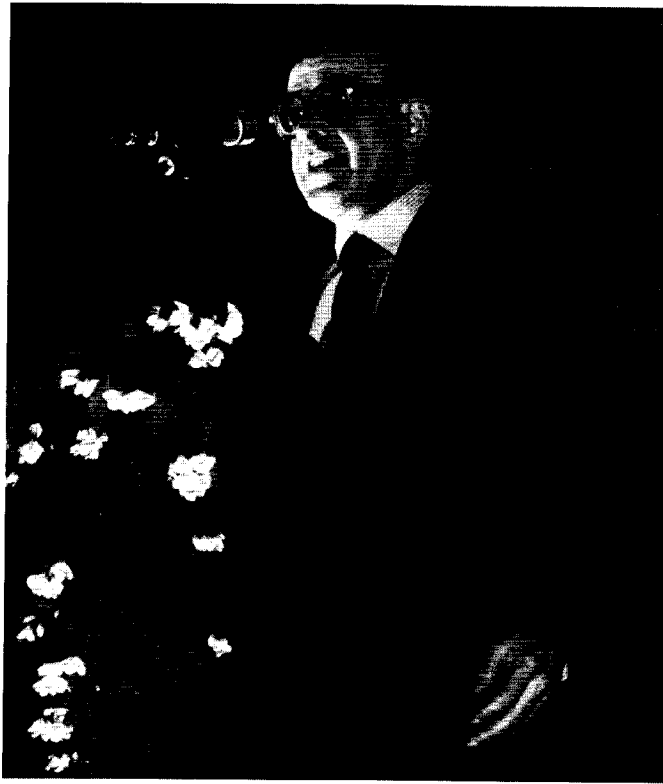
Las dimensiones del cansancio

Jesús Fernández Montes

1. Las raíces de la poesía de Eladio Cabañero

La poesía de Eladio Cabañero se debe a “las heroicas gentes trabajadoras, sabias y romancesas que la crearon”. Sus palabras “vivieron y aún viven” y espera que de algún modo “se salven y me salven” (*Señal de amor*, Libertarias, 1992, p. 31). Él dedica su poesía del trabajo a albañiles, labradores, jornaleros, poceros, carreros, mineros. Son los oficios que en su tierra y en su tiempo más cerca estaban de realizar en sí mismos la idea del trabajo manual puro. Son las ocupaciones laborales que él conoce directamente las

que tiene en cuenta cuando escribe. No son los marginados ni los humildes, como dicen con falsa compasión algunos estudiosos. No son marginados, porque están en el centro de la acción del trabajo y la ceremonia productiva; ni son humildes si no se entiende que humilde significa estar en la tierra misma, sobre el humus terrestre. El obrero manual es un personaje central en esta poesía del trabajo. El autor, Cabañero, es un hombre de la tierra, un albañil, un oficial, y un trabajador de muchos trajines y ha conocido la realidad desde la posición privilegiada de una perspectiva: la del trabajo. La tierra, el andamio, los caminos, el surco recorrido no engañan. Trabajar un año en una viña con todos los climas, con los cuatro vientos cardinales, el sol, el úni-



co, con todos los sudores y diferentes abrigos, pero siempre pisando la certera luz del día, decimos, estos es una experiencia de conocimiento. Hay tareas de las que no se puede (ni se debe) hablar sino viviéndolas. Eladio habla en sus poemas sobre los oficios desde dentro de ellos. Sabe de su dureza, de su simpleza, de su sobriedad, de su trascendencia. Trabajar dura, simple, sobriamente es una experiencia de conocimiento, es, acaso, la praxis que más haya enseñado y transformado la vida de los hombres.

El paisaje, el paisanaje y el trabajo tienen algo constante y común: el hombre. El hombre en medio del paisaje, echado, arrojado, dejado ahí, es el solitario “echado a las anchuras, es

un trozo de historia golpeado” (*Desde el sol y la anchura* “Jornalero”)

Allí se encuentra con la tierra y con el cosmos en su atávica, ciega soledad. Allí piensa, poetiza, dialoga, crea “sin que sepamos nunca lo que piensa allá en su anchura cósmica este hombre” (DSA, “Labrador manchego”)

El hombre en medio del paisanaje vivido y recordado: los hombres con los que convive y trabaja, a los que ve y observa con atenta mirada amorosa, o a los que recuerda desde fuera (*Una señal de amor* “Los perseguidos”; *Recordatorio*, “Conversación con un amigo”). El hombre en el trabajo, con su propio cuerpo y ser como gran herramienta, es el hombre en su

RESUMEN:

Nuestro colaborador Jesús Fernández Montes es un especialista en el poeta de Tomelloso. Autor de una monografía sobre él, pendiente de publicación, aborda en este artículo el sentido hondo, en absoluto retórico, del trabajo en Eladio Cabañero. Alguien que antes que poeta fue, de verdad, albañil y jornalero, y para quien el trabajo redime, dignifica, salva, y sólo se intercambia con Amor, el otro gran ingrediente, junto al paisaje, de la poesía de E. C.



dimensión más humildemente creadora, a la que se obliga por destino, por condición. Así colabora desde su pequeña creación con la gran creación del mundo.

2. Ganarás el pan

La poesía del trabajo y el trabajo poético de Eladio Cabañero son parejas experiencias y son vividas de la misma manera. Escribe poesía del trabajo porque lo ha conocido en él y en los otros y quiere tratar su poderosa dignidad. Y escribe poesía del trabajo porque la poesía pide participar del himno corriente y noble del quehacer diario. El trabajo humano pide engrandecerse en la poesía y la poesía consiente en tratar del trabajo para hacerse digna y seguir justificándose y mereciéndose. Cabañero no hace una poesía del trabajo para reivindicar nada que no sea la dimensión digna, creadora y humana del trabajo. No es la política poética de quien hace política o quiere hacer la revolución. Muchos de los llamados poetas sociales (y Eladio Cabañero lo es a su manera sin duda) no sabían lo que era el trabajo realmente, sobre todo el trabajo manual (lo llamamos así para entendernos, aunque estamos convencidos de que no se trabaja sólo con las manos ni mucho menos). No hace poesía para pedir más salario o mejores condiciones laborales, no es un agente sindical luchador y reivindicativo; no escribe una condena más (la enésima) del trabajo como castigo bíblico, raíz de cierta amargura y resentimientos humanos, irremediables, irredentos. No, Eladio Cabañero habla de la dureza del trabajo desde una visión oblativa, aceptada, donativa y sagrada.

Esta creemos que es la visión del trabajo que se refleja en los principales poemas de la obra de Cabañero. (Hace poco leíamos unas memorias de un muy respetado dirigente sindical, un gran ejemplo para muchos sindicalistas, y apenas hablaba en algún momento de su trabajo preciso de mecánico fresador; ¿por qué?). El trabajo es una ofrenda, un ejercicio sagrado, un sacramento productivo, probablemente la actividad más digna y salvadora del hombre si se hace en determinadas condiciones.

El hombre que trabaja, además de todo lo que se merece, y no siempre se le da (pago y salario justos y otras reclamaciones de justicia), el hombre Cabañero que trabaja lo que pide es una compensación en amor, porque es amor lo que él ofrece (creemos) con su esfuerzo: un intercambio amoroso y productivo. El trabajo es también una señal de amor. Hay una humildad contagiosa y redentora cuando se dice sí sobre la tierra, íntima y calladamente. Ya sabemos que esto no es fácil; tampoco decimos que no haya sufrimiento, en modo alguno. Ahora bien, creemos que este es el mensaje de nuestro poeta. Este Prometeo lírico y laboral que es Cabañero se libera por el amor. Por entregarse a la servidumbre prometeica se salva, en el mismo momento de decir sí por dentro, en el momento de la entrega.

3. Obras son amores

Dice el poema "El andamio" de *Una señal de amor*:

"Allí no se trataba
de pasarse de listos ni de tontos,
sino de atar mejor aquel andamio
y comprender que el más sabio es el tiempo".

Y más:

"No era aquel el momento
de censurar los tiempos tan difíciles
sino de levantar aquel andamio
mientras el sol mandaba por las calles".

"Los amarillos puños del esparto" que sirven para fijar el andamio de la obra no pueden testificar otra cosa, en ese momento, que la entrega, que el servicio, que una ergonómica misericordia, que una piedad pragmática, que el olvido de sí, para que triunfe la creación: la de la obra de albañilería, y la del poeta, y la del hombre. No es el momento de protestar. El trabajo pide odas, no reclama elegías resentidas ni jeremías endechas.

El padre de familia
"debe vender la vida a mucho precio,
ha de llevar sus hijos de la mano
donde el sol más caliente"
(Una señal de amor, "El padre de familia")

Pues como

"Jornalero
filial, su cuerpo a cuerpo
con la vida y la muerte es lo sagrado"
(USA, "El padre de familia")

La mujer campesina es

"Heroica mujer la de estos hombres
que trabajan curvados contra el suelo.
Mujer que nunca llora y que no mira
por si le adivinamos su secreto"
(Desde el sol y la anchura; "Campesina")

De manera semejante se presenta el

"Campesino de sangre castigada,
las dos manos de bruces hacia el suelo,
monolítico afán del barro vivo,
trabados los tendones con el viento
que traspasa su sangre restallada"
(DSA, "Campesino trágico")

El jornalero

"Es un obrero de la tierra, tiene
sus patrimonios, la vida, su sudor
y todo el campo. Echado a las anchuras
es un trozo de historia golpeado"
(DSA, "Jornalero")

Mientras que el labrador manchego

"Con los ojos cerrados reconcentra
el campo de su alma, oscura torre
que resiste en vaivén, en equilibrio,
un duro viento de interrogaciones.
Nadie puede decir qué pensamientos
superpueblan la mente de este hombre"
(DSA; "Labrador manchego")

Al mismo tiempo que:

"Brilla el paisaje en espejismo ardiente
y el segador resiste, la sien fija
en el cráneo explotante y por la frente
le retrasvasa un ascua su ceniza"

Pues

Amarga el trigo y el sudor. La siega
es la tierra que está recién parida" (DSA, "El segador")

También el sudor, sílabas cloruros, es palabra que da mucho que pensar. Es bebida sagrada, sustancia de saber, memoria salada y filosófica, sangre de Cronos, semen de Prometeo, cristalino residuo del que surgen moho, como vaho, las ideas. También el sudor aparece en el primer poema de *Desde el sol y la anchura* (en el principio de la biblia del trabajo era el sudor y vino el verbo purificado y fértil) "Carrero de la Mancha".

"El sudor que le surca los tendones,
los callos como rocas, casi heridas;
el traje es un barbecho de jirones;
los dientes poderosos, sin saliva,

amarillos y duros. Es alto y tira
de sus huesos al aire y a los soles.
La tierra se le sube a piel y a poro"

4. Las dimensiones del cansancio

Son las tres dimensiones físicas del espacio: largo, ancho y alto. El volumen que crean tiene su centro en el hombre, y se llena de cansancio. El hombre del trabajo puebla ubicuamente la realidad del campo, de la tierra y de la historia. El trabajo es la acción humana que hace posible esta preñada plenitud. Ese colmo de ser es producto de una experiencia humanizadora, verdadera en profundidad, ante la que el poeta Cabañero decide cantar las odas descriptivas del sufrimiento y la dicha. El trabajo engendra y configura realidades, saber, ciencia, es una praxis de cósmico alcance. El universo no queda indemne ni física ni moralmente tras la acción laboral del hombre. El trabajo es hijo o hermano de la creación y de la salvación. Esta creemos que es la significación profunda de la poesía del trabajo de Eladio Cabañero. Una dimensión sagrada y salvadora. *Una señal de amor.* ■